

CAPITULO VI.

CÓMO LOS QUE POBLARON ESTA PROVINCIA,
NO FUERON DE LOS PRIMEROS POBLADORES SINO DE
LOS ÚLTIMOS QUE SON LOS AZTECAS.

No ignoro la rëplica que el curioso podrá hacer sobre la gente que poblò esta provincia, porque si el gigante, primer poblador ó tolteca ó chichimeco y acolhua, vinieron de la misma parte y por el mismo camino á poblar este mundo, por la misma razon que pongo en el capítulo pasado, que los primeros serian los pobladores y no los segundos, por ser el sitio tan acomodado, y dado caso que al gigante no se le

atribuya por perecer miserablemente á mano de los toltecas, milita la misma razon en estos por consumirlos el demonio hasta que los pocos que habian quedado, impelidos de él se partieron unos al Oriente y otros hácia el Norte poblando las provincias de Guatemala y Campeche (1)

Necesariamente hemos de conceder que los chichimecos, terceros pobladores, la entraron, eligieron y poblaron; pero recurriendo á las historias de esta monarquía, hallaremos que no fueron ni los unos ni los otros, sino de los que vinieron con los mexicanos en la dispersion de las ocho familias, porque la principal fundacion que fué Tzintzuntzan, como cabeza imperial de su monarquía, la consagraron al ídolo que las condujo que fué Huitzilopochtli, oráculo de los mexicanos, que aunque los separó, no dejaron de reconocerle, por cuanto pasaron por su disposicion y decreto á la tierra en que tambien se hallaron y recurriendo al nombre del ídolo, veremos esta verdad más clara y fuera de muchas significaciones que le dan, la que más hace fuerza es la más comun, que es de este nombre,

[1] Torq. L. 6, c. 21, fol. 43.

Huitzilín, que significa un pajarito muy pequeño verde, que chupa las flores, sustentándose con el humor de ellas. A este dios consagraron su primera ciudad dándole el mismo nombre, que fué Tzintzuni, que significa el mismo pájaro y la llamaron Tzintzuntzan que significa pueblo del pájaro verde ó del dios Huitzilopochtli, siguiendo en esto el estilo más político de los colonos y que ha corrido general en todas las fundaciones de las ciudades, darles el nombre de los á quienes las dedican ó de sus primeros fundadores como á la imperial del mundo, la insigne Roma de Rómulo y Remo, ó segun otros, de la vireina Roma, hija de Atlante, rey de Mauritania. Y cogiendo el estilo en su mismo manantial, Plinio, lisonjeando al griego, dijo: que la primer ciudad del mundo se llamó Cecropea, tomando el nombre de su fundador que se llamó Cecrope; pero quitando antojos griegos, la primera que hubo en el mundo fué Henochia, á quien su fundador Cain le dió el nombre de su hijo Henoch á quien la dedicaba. Con que no se hará de nuevo que el tarasco dé el nombre á su primera ciudad del á quien la dedica y consagra como á primer noble de su venida; con que queda respondido que los pobladores de Michoacan, no fueron los primeros,

segundos ni terceros, sino los que salieron de la provincia de Aztlan con los mexicanos que fueron las ocho familias separadas y discurriendo en tropas hácia el Oriente, poblaron toda la Nueva España.

A lo dicho se opone una objecion vulgar, y es que el llamar á Tzintzuntzan con aqueste nombre, es porque hay muchos pájaros de este género en su comarca, lo cual no convence por muchas razones, porque no son tantos como se encarecen. Y tambien porque desde luego dieron los tarascos en hacer de las mismas plumas la imágen del dios Huitzilopochtli, del mismo modo que se finge haber nacido de su madre Coatlicue, la cual barriendo el templo de sus dioses de la sierra de Coatepec, repentinamente vino rodando un ovillo de plumas, y ella lo cogió y entró debajo de la faja, sobre el vientre, sintiéndose desde entónces preñada; cumplidos los nueve meses parió sin obra de varon á Huitzilopochtli, el cual salió de aquel abismo con una rodela en la mano izquierda, y en la derecha un dardo ó vara de color azul: la cara espantosa y toda rayada ó por mejor decir, rescripta de su fiereza, en la frente un penacho de plumas verdes, y lo restante rayado como chichimeco; para darse visible como se

habia representado oráculo en aquel árbol espantoso; y así, atendiendo a questa fábula, dieron el nombre de Huitzilopochtli, los profesores de sus engaños, otra significacion diciendo: que no solo se compone de Huitzilin, sino de Tlahuipochi, que significa el hechicero ó nigromántico, que vomita fuego por la boca, con que se acreditó por el Marte indiano. Y así le pintaron antiguamente, y de esta ficcion tuvo principio la ingeniosa fábrica de plumas verdes con que veremos que fueron estos tarascos de los conducidos por aqueste falso dios (1).

[1] Torq. L. 6, c. 21, fol. 45.

CAPITULO VII.

CÓMO EL VALOR DE LOS TARASCOS, SIEMPRE FUE IGUAL
AL IMPERIAL DE MÉXICO.

Mucho siento el no tener bastante relacion de los reyes y monarcas que eternizaron el valor del tarasco, con el político y militar gobierno; porque en buena consecuencia, este era el capítulo en que se habian de copiar sus sucesiones, referir sus hazañas, contar sus hechos, celebrar sus leyes y narrar sus obras; pintar el origen de su monarquía, la propagacion y herencia de su reino; pero todo ha faltado, porque faltó el cuidado en los antepasados, con que dis-

culpo mis deseos, que todos ellos se desvelaran en el escrutinio de sus verdades por darlas á la estampa, para que la posteridad celebre la memoria de los insignes hechos del tarasco. Conveniencia que San Gerónimo encarga [á los desvelos de la Historia. *Prodest enim ad curam reipublica, nosce opiniones priscas et egregias audirique antiquitatis pulcherrima faciniora; quæ historoci; et omne genus poetarum prodiderunt atati suæ ad posteritatis memoriam.*

A mí me ha faltado esta dicha y por mia lamento la desgracia, pues no tengo parte en la gloria de tamaños monarcas, pero por no dejarlo todo, así por mayor referiré algunos hechos en que se verá la valentía con que siempre resistió al emperador de México, que, siendo el mayor señor de Occidente á quien todo él se le sujetaba, solo el tarasco; *cucurrit adversus eum erecto collo*, levantó la cabeza, se le opuso, acometió embistió, con tan grande esfuerzo que quedando el valor indiferente, puso en cuidado al mexicano, y así reforzó las fronteras, fortificó los presidios y avivó las centinelas. En medio de estas sospechas, le combatian algunos recelos al imperial monarca, cuando se le ofreció una batalla con el invencible tarasco, en ocasion que tenía preso á aquel gran tlaxcalteco Tlahuizoli,

cuya valentía tenía muy bien conocida el mexicano á fuerza de los suyos, y remitiendo á fuerza agena lo que él con la propia no podia conseguir, pretendió hacer su tributario la grandeza del tarasco, haciendo su capitán general al tlaxcalteco para que echase el yugo á quien jamás supo sufrirlo. Pensando el mexicano que habia hallado á Pompeyo que le postrase á Jerusalem, y que le ayudase como á Hircano contra su hermano Aristóbulo con que le dejó á Judea por tributaria de Roma. Recibió la conducta Tlahuizoli y admitiela, y aunque enemigo de la gente que llevaba, se dejó vencer de su nobleza y los gobernó con gran prudencia. Marchó con el campo y plantóle junto á las fronteras del tarasco, que eran Tlaximaloyan, Maravatío, Zitácuaro, Acámbaro y Tzinapécuaro. Representaron los mexicanos los designios de su venida y publicaron la batalla. Oida que la oyó el tarasco, encendido en su furor nativo, tocó alarma y se alistó con tan gran denuedo, que llegando la hora embistieron con tan gran furor que tuvo el mexicano mucho quehacer en reprimirlo: hubo de la una y de la otra parte muchos muertos, estragos y despojos.

El padre Torquemada, autor de esta monarquía, contando aqueste hecho, dice; (1) que no les ganaron lugar ni puesto alguno à los tarascos, pero que les quitaron mucho oro y mucha plata; lo cierto es que no fué tanto, porque si las embestidas y acometimientos eran en el campo cuerpo á cuerpo, sin petos ni coseletes, ¿qué oro pudo ser aqueste? ¿Cómo fueron aquestos despojos si no les hicieron dar un pié atrás? Lo más verosímil es, que serian de algunos arriates, collares ó manillas de oro, que usaban los poderosos, que á las bregas, vueltas y refriegas, ganarían los mexicanos, y estos dejarían lo mismo. Pero lo que más me admira en aqueste hecho es, que un ejército del señor más poderoso del Occidente, tan pensado y tan crecido y con un general tan valiente, no le hiciese dar un pié atrás al tarasco, ni le ganase puesto ni alguna de sus fronteras, con que juzgará el curioso que compitió, el un valor con el otro, con tanta igualdad como se deja entender.

(1) L. 2 c. 82 fol. 239.

CAPITULO VIII.

EN QUE SE PROSIGUE LA MATERIA DEL PASADO
Y SE CUENTA UN ARDID MEMORABLE DEL TARASCO,
CON QUE PUSO EN CUIDADO AL EMPERADOR
DE MÉXICO.

No puedo dejar de celebrar los brios del tarasco, cuando le veo competidor del mayor monarca del Occidente, pues cuando todos sus reyes, señores y caciques le inclinaban la cabeza tributarios á su Imperio, solo el de Micoacan la entresaca, erige y altivece sin reconocerle; antes bien sale tan airoso en todas las levas, que le prende gentes funda con ella pueblos. Y si no, recurramos á los huesos que hoy se ven entre

Maravtio y Zitacuaro, cuyas memorias están representando la mas ilustre victoria que tuvo el rey de Michoacan, ni alcanzó ningun monarca contra el supremo Moctezuma, pues cuando más colérico y picado de los encuentros pasados, descansaba en medio de ellos, como el monte en medio de los huracanes, hasta que el rumor de nuevas invasiones le alteró, y alterado juntó gente, alistó cuadrillas y crió el más numeroso ejército que hasta entonces se habia visto; cuyas ventajas pusieron en cuidado à la corona de Michoacan; porque la gente que podia enviar à su resistencia, no equivalia en la tercera parte, y asi se valió de sus ardides, en que era tan valiente como por las manos. Y fué el caso que mandó juntar infinito bastimento de comida y de bebida con tanta abundancia, que no faltase; y marchando el campo hacia el del emperador, al hacerle rostro, en vez de plantar el ejército, sitiar los estandartes y levantar los pabellones, fueron tendiendo la comida y la bebida, por todo el lienzo que cogia la copia militar de México; y al embestirles, dieron en correr los taracos fingiendose fugitivos al horror de Moctezuma y los mexicanos à seguirlos; cuando de improviso dieron en la comida y bebida; ellos más hambrientos que belicosos se dieron à ella, sin

prevenir la cautela, y cuando más descuidados, revolvieron los tarascos y los desbarataron.

Murieron infinitos y prendieron muchos tecos y matlalzingas de quienes se fundó el pueblo de Charo, encomienda del Marqués del Valle, tan grande y tan copioso, que es hoy de los mejores de Michoacan. Y por esta razon veremos que no se fundó despues de la conquista acá; bien que se reformaria el modo popular y político como quien militaba ya en otra religion. Los tecos, como gente más belicosa fueron llevados à la corte del Calzontzin y à la ciudad de Pátzcuaro donde estuvieron y han durado hasta hoy como inferiores ó serviles al valor del tarasco. Como tuvieron los lacedemonios à los ilotas, los thesalos à los penistas. Y por esta razon llamó Heródoto à los mesarenses esclavos de los persas, porque los llevaron al Asia.

Donde veremos el estrago que hizo una cautela, contra las mayores fuerzas, fingiendose fugitivos los tarascos para volver à acometer, rendir y debelar à su contrario. Accion que imita à la del gran capitan de Dios, Josué, pues queriendo rendir la ciudad de Hay, cuyo nombre parece que dice los sentimientos del estrago, manda à treinta mil hombres cogiesen las espaldas de la ciudad, donde hiciesen emboscada

y se escondiesen. El emperador, rodeado de los veteranos de la milicia, aquella noche durmió en el cuerpo de guardia; otro día por la mañana dió vista à la ciudad. Los moradores, cebados en los presentes, no cuidaron de la emboscada y embistieron al emperador, el cual se fingió fugitivo con los suyos, y siguiendo los de la ciudad el alcance sin que quedase en ella persona alguna. Entonces le dice Dios: *Leva clypeum qui in manu tua est contra urbem Hay*, Levanta el escudo, haz la señal à la emboscada. Hecha, salieron los treinta mil hombres, cogieron á la ciudad y la pusieron fuego. Cuando sus moradores volvieron el rostro, se hallaron en medio del peligro y murieron á manos de él: como los mexicanos, que siguieron el alcance del tarasco fugitivo, no cuidaron del ardid fraguado, y cuando se vieron en él perecen miserablemente, quedando la victoria por el rey de Michoacan, por ardidoso y por valiente.

DEL INGENIO DEL TARASCO, DE LA EMINENCIA
EN SUS OBRAS Y DE ALGUNAS COSAS DE QUE FUERON
ELLOS PRIMEROS INVENTORES.

Una de las cosas que comunmente celebra este reino entre las muchas que tiene dignas de memoria, es la viveza del ingenio del tarasco; pues no solo limita su actividad en esta ó en aquella materia, si no es tan general en todas, que admira su igualdad. Y así en su política y religion antigua fué tan circunspecto, que no debió nada al establecer sus leyes à Saturno, Lysanias y Radamanto, ni al legislador Licur-

go; porque así en la rectitud como en la observancia, se preció de tan severo, que reprendía á los demas con el cumplimiento de sus leyes; con que su gobierno, repúblicas y templos, fueron los más célebres que repite hoy este Occidente. Y aun en los pocos que han quedado, se vé el antiguo esplendor de sus antepasados: porque es en ella tan nativa la circunspeccion, que entre todos los de esta tierra se conoce un tarasco. así en la viveza de las palabras como en la sutileza y disposicion de sus negocios. Son eminentes en todos los oficios; de tal manera, que sus curiosidades han corrido à todo el mundo con aplauso general; particularmente en la escultura son tan consumados que confiesa la fama ser la mejor de estas partes. Juntamente, son tan eminentes pintores, con tan linda gala y primor, que todas las iglesias de esta provincia están adornadas de lienzos y láminas hechas de los mismos indios, sin que tengan que envidiar al pincel de Roma. En la fundicion, fueron en su antigüedad los inventores de ella; pues sin hársela enseñado de otra parte, labraban muchas obras como mascarillas y juguetes con que tenían trato con otros reinos. Y así, despues de la conquista nuestros frailes, trayendoles maestros de todos oficios, se consumaron en la fun-

dicion, y salieron grandes oficiales de campanas, trompetas y sacabuches; y así es lo mejor de estas Provincias. En los demas oficios salieron perfectísimos, con que dieron en hacer de todos generos muy grandes empleos y atravesar toda a nueva España; y así está asentado trato general en esta Provincia, de ropa de la tierra-arca y otros géneros muy corrientes y necesarios.

Aun no ha hecho pausa el orgullo de su inclinacion, sino que corriendo impelida de su natural viveza, inventaron los tarascos cosas tan singulares como lo han sido las de pluma, cuyo origen apunté en el cap. 6 y cuya fábrica, intencion y artificio, sin hinchazon ni pompa, se levan consigo los encarecimientos que pudiera referir en aquesta Historia. El modo de engazar las plumas de diversos colores es, que despues de haber cortado las plumas en particulas tan pequeñas que cada una parece un punto indivisible, se coje una penca de maguëy, y sobre ella con cola muy bien templada, se van organizando todas las plumas y hacen una iluminacion tan vistosa, que parece niegan aquí desvanecidas las galas de su natural coordinacion. Cada particula se pone de por si, con tanta presteza, como lo apercibe la facultad siguiendo las lineas

y circulo del bosquejo sobre que se obra tan esquisito primor. Hacense de este genero de iluminacion de pluma, imagenes, colgaduras, adargas, ornamentos, mitras y marlotas, con tan linda vista, que jamas la perspectiva tuvo mejor motivo para olvidar las galas de la primavera.

La pintura de Periban, hasta hoy no imitada se inventó en esta Provincia; y fuera de ser tan vistosa, el barniz es tan valiente que á porfia se deja vencer del tiempo, con la misma pieza en que esta pegado, porque siendo natural en todos los colores marchitarse con el uso, perderse y despegarse con las aguas calientes, con los golpes y trasiegos, este de Michoacan no se rinde ni marchita con el tiempo, sino que se hace tan de una pasta con la madera ó vaso que dura lo mismo que él. Lo primero que se hace es dar el primer barniz, y dado, seco y dispusto se abren las labores à punta de acero ó buril, dibujando las figuras, misterios ò paisajes que quieren, y despues van embutiendo los colores, con la division, proporcion y correspondencia que ha menester la obra. Hácen exelentes escritorios, cajas, baúles y cestones, tecomates y vasos peregrinos, bateas, jicaras y bufetes, con otras muchas curiosidades.

Tambien son los que dieron al cuerpo de Cristo Señor Nuestro la más viva representacion que han visto los mortales. Y si no diganlo las hechuras de los Cerdas, cuyo primor en alas de la fama, llegó primero á gozar la estimacion en toda la Europa que los encarecimientos de esta humilde historia. Y aunque el ejemplar de la efigie lo tuvieron los tarascos, (claro está) de los ministros evangélicos, el hacerla de una pasta tan ligera y tan capaz para darle el punto, ellos son los inventores. Porque cogen la caña del maiz y le sacan el corazon, que es á modo de corazon de cañeja, pero más delicado, y molendolo, se hace una pasta con un género de engrudo que ellos llaman tatzingueni, tan excelente, que se hacen de ella las famosas hechuras de Cristos de Michoacan, que fuera de ser tan propios y con tan lindos primores, son, tan ligeros que siendo de dos varas, al respecto pesan lo que pesaran siendo de pluma y asi han sido y son las hechuras más estimadas que conocen. Y entre todas estas grandezas tiene tambien su lugar el haberse hecho por tarascos algunos órganos, todos de palo, con flautas y misturas

sin que en ellos haya mas que maderas, con tan lindas voces, como el mejor de estaño; como se vén hoy algunos en esta Provincia, admirando el oírlos con tan lindas consonancias.

CAPITULO X.

DEL MODO CON QUE SACRIFICABAN LOS TARASCOS;
DE LA AUTORIDAD DEL GRAN SACERDOTE Y FRE-
CUENTACION DE LOS TEMPLOS.

El modo que observó el tarasco en la oblacion de sus sacrificios, fué el ordinario que guardaron todos los indios en sus reinos y ofrecerlos al dios cuyo auxilio imploraban. Si de fuego, agua y buenos temporales, de cada cosa de estas temian su titular, y á él le hacian deprecacion, la cual se hacia en la cumbre de un monte, donde tenian al principal idolo; y barrido, limpio, y dispuesto todo el lugar que ocupaba de él (atrio

triste de tan infernal costumbre,) se abrian por mitad del pecho los miseros sacrificados, y sacandoles los corazones calientes los ofrecian.

El ídolo principal y único (que no tuvieron otro los tarascos) estuvo en el pueblo de Tzacapu, metrópoli de Michoacan y matriz de su grandeza, como Roma de todo el mundo; cuyo templo estaba en la cima de un monte, que sus faldas vienen á ser vecinas del mismo pueblo. En este templo estaba el sumo sacerdote, á quien, del rey abajo, veneraban con tan gran respecto, que jamás se permitió que hubiese otros inferiores: porque tan gran dignidad, con hacerla comun, llegara á no ser estimada de la plebe, que es la que de ordinario profana lo soberano del sacerdocio. Y así el sumo sacerdote Curicaneri (que así se llamaba) era tan venerado que el rey le visitaba y hablaba de rodillas, visitandole cada año; y el visitarle era irle á pagar las primicias, y despues del rey iban haciendo lo mismo los grandes señores, y tras estos los demas del reino, conforme el posible de cada uno.

El modo que se guardaba en la oblacion de las provincias era que el rey (á quien el mexicano llamó el gran Calzontzi, que quiere decir el calzado con cacle, porque siendo costumbre

que todos los reyes tributarios al emperador, en señal de su obediencia, se descalzasen para verle, el de Michoacan, como no fué su tributario, ni su inferior, se calzaba como él, y así le llamaban el gran Calzontzi) para ofrecer la primicia. Llegado el tiempo salia de su palacio de la ciudad de Tzintzuntzant y se embarcaba en su gran laguna y caminando al pueblo de Tziróndaro, que son dos leguas de navegacion se desembarcaba en él y de aquí á donde estaba el sumo sacerdote, que son cinco leguas, las caminaba por una calzada de piedra admirable, que hoy se vé limpia y aseada como hecha solo para los pueblos reales. Llegado, besaba de rodillas la mano del gran sacerdote, y ofreciale las primicias en donativos como de su real grandeza. Y luego sacrificaba al ídolo los que les parecia en señal de rendimiento, reconociendo en él la autoridad de su dios, y en el sumo sacerdote la misma, como uuien estaba en su lugar. Tras el rey, se iban siguiendo los señores, caballeros y demas estados, ofreciendo cada uno segun el posible de su caudal.

El ídolo era grandísimo y con particulares adornos, ceremonias del engaño é ilusiones del demonio con que los tenia tan ciegos, que de cada joya colgaban racimos de condenados, que

eran los que morian en sacrificio de su falsedad. En la desolacion de esta idolatría quedó enterrado en la cumbre donde estaba, y con las presuras del acabamiento todas sus joyas y ornamentos, quedaron sembrados por aquel espacio. Un vecino del mismo pueblo, movido de este cuidado y llevado de la curiosidad se fué á la cumbre, templo famoso de este dios y vagueando su contorno halló tres platoncillos de plata, como unas patenas, aunque mayores, labrados con el primor de ellas, y segun algunas tradiciones, eran los que tenia el ídolo en las orejas y narices: el sentido y significacion no se sabe. Y de este ejemplar usaron generalmente los tarascos: agujerarse las orejas y las narices lo cual hacian en Araró que significa lo mismo. El cual lugar, que es el de unos baños calientes, está junto al pueblo de Tzinapécuaro, donde se hacian otros muy particulares que por faltar con el tiempo las relacion es no los escribo: solo me contento con referir la veneracion del tarasco al sumo sacerdote, la frecuentacion del templo y puntualidad en pagar las primicias á su dios á quien juzgaban por autor y principio de sus bienes.

CAPITULO XI.

DE LOS RITOS Y CEREMONIAS DEL TARASCO; PARTICULARMENTE EN SUS ENTIERROS.

Es el tarasco de su natural muy ceremoniático y cuidadoso en el culto de su religion; y así en la verdadera, que es la que hoy profesa, es tan reverente y serio, que sus iglesias son las más bien servidas, adornadas y compuestas que mira hoy este Occidente, cuya relacion remito al libro 2.º Y así no causará novedad el oír el funeral de sus reyes, que por ser tan notable lo escribió el P. Torquemada y lo pongo aquí como lo hallé en su monarquia. (1)

(1) L. XIII' c. XVI, fol. 562.